

SUCESOS

PARA TODOS

VIERNES
DE
PASION

1765

1 ABRIL

1967

\$ 3.00



Badillo

Director general:
 Gustavo Alariste
 Director:
 Mario Menéndez Rodríguez
 Jefe de redacción:
 Rosendo Gómez Lorenzo
 Secretario de redacción:
 Ricardo Piña
 Director artístico y
 de EL MITOTE:
 Leonardo Vadillo
 Dibujantes:
 AB
 Heras
 Salvador Lópezsierra
 Naranjo
 Rius
 Servicios Fotográficos:
 Héctor García
 Korda
 Omar Marcus
 Rodrigo Moya
 Armando Salgado
 The Associated Press
 Redactores y reporteros:
 Franklyn Alonso
 Carlos Ferreyra
 Marco Antonio Flota
 Héctor R. Osorno Negrín,
 Armando Rodríguez Suárez
 Colaboradores:
 Laura Bolaños Cadena
 Elmo Catalán A.
 Carlo Coccioli
 Alvaro Camino
 Paco Campanas
 René Cuéllar B.
 Regis Debray
 Felipe Escalante Ruz,
 Angel M. Garibay K.
 Elena Garro
 Enrique Gómez Vadillo
 José González Torres
 Andrés Henestrosa
 Juan Lira
 Carlos Loret de Mola
 Arturo Melgoza
 Miguel Angel Menéndez
 Carlos Monsiváis
 Ventura Moreno
 Elena Paz
 Cristina Romo
 Agueda Ruiz
 Arturo Salazar
 Luis Suárez
 Raquel Tibol
 Marco Antonio Vargas
 Francisco Zúñiga
 Jefe de formadores:
 Héctor Amparán
 Formadores:
 Jorge Delgado
 Luis Guadaña
 Relaciones Públicas:
 Jesús Aguayo

Publicación registrada como artículo de segunda clase en la Oficina Central de Correos el 21 de abril de 1933. Franquicia postal concedida en oficio 11743 (9 de marzo de 1937). Esta revista es editada por la Editorial SUCESOS PARA TODOS.

Dirección, redacción y oficinas de circulación, publicidad y relaciones públicas:
 Calzada de Tacubaya 103 (esquina con San Escutia). México 18, DF. Teléfono 14-66-69.

Fundador: Francisco Sayrols.

SUCESOS PARA TODOS

10. abril 1967

número 1765

- 3 Azor: Sucesos y Sucedidos
- 4 Semana con Semana
- 6 Editorial
- 8 Cartón de Rius
- 10 Elena Garro: Los desalojados de Oaxaca
- 17 Cartón de Vadillo
- 18 Acotaciones
- 20 El Mundo en Gráficas
- 28 Wilson, The Quiet Man (El hombre tranquilo)
- 30 Elena Poniatowska: Herbolario
- 36 Agueda Ruiz: Viernes de Pasión
- 52 Peter Furman: Plumas en Subasta o El Escritor Pachanga
- 56 AB
- 58 Heberto Castillo: Descontento en la Universidad
- 60 Margarita García Flores: Haydée Santamaría
- 67 EL MITOTE ILUSTRADO
- 68 Prieto Parca: Juventud desenfrenada
- 70 ¿Es usted un buen fisonomista?
- 72 La Familia Placachica
- 74 Cándido o el optimismo, de Voltaire
- 76 Ricardo Piña: Zona Rosa
- 82 Tribuna Libre
- 87 Enrique Gómez Vadillo: Siempre los Oscars
- 90 SUCESOS va al Cine
- 92 Juegos y Pasatiempos
- 94 Rompe-testas
- 96 Recrea-ratos

Cuando a
 Luis Ceceña
 meditada y
 zo un grupo
 ril pretexto
 enamoraba
 indignación
 quien esto

José Luis C
 pio, funda
 no y con u
 nuestros
 Ceceña es
 tencia de
 lan la le
 "criterio"
 rio ataca
 y los cob
 Ceceña
 na fe,

Ni las
 ningún
 tos me
 se aca
 más c
 mome
 José l
 samie
 Oj
 da p
 a es

ter
 pa
 be
 qu
 n

c
 y

LOS DESALOJADOS DE OAXACA

Por Elena GARRO

La presencia en la capital de la República de 143 ejidatarios guerrerenses, padres de familia, encabezados por Alberto Véjar, que fueron desalojados en el estado de Oaxaca por el delito de no ser nativos de allí, puso de manifiesto una vez más la enojosa presencia de personas encargadas de fabricar y alimentar el ya complejo y explosivo problema agrario mexicano.

¿En honor de qué o de quiénes se inventó este nuevo conflicto? Por una parte, en honor de unos intereses económicos y políticos, y por la otra en honor de un nuevo interés, que podríamos llamar el complejo del doctor Schweitzer, esgrimido sin límites por los dirigentes del Instituto Nacional Indigenista, que súbitamente y sin previo aviso se han tomado por suizos en el Congo. ¿Las víctimas? Los campesinos, como siempre. ¿El culpable? "¡El Departamento Agrario!", contestarán aquellos que no se adentraron en esta historia que pudo desembocar en una nueva tragedia.

Es difícil creer, y penoso comprobar, que políticos, ganaderos y antropólogos, personas ajenas a la solución del problema agrario y llevadas por vanidades e intereses personales, invadan campos ajenos y reúnan sus esfuerzos para enfrentar a grupos de miserables campesinos mexicanos. Es penoso y sin embargo sucede. En el caso de los guerrerenses desalojados, la unión de políticos, ganaderos y antropólogos formó una muralla ante la cual estaban condenados a estrellarse los campesinos guerrerenses y oaxaqueños. La rapidez y la energía con que obraron conjunta y de común acuerdo el jefe del



Departamento Agrario, ingeniero Aguirre Palancares, y el diputado César del Angel, comisionado por la CNC para resolver este conflicto, impidieron que corriera una vez más la sangre de los ejidatarios. Pero no pudieron evitar que los miserables campesinos oaxaqueños se vieran condenados a pagar sumas gigantescas a los agraristas guerrerenses. El conflicto entre ambos grupos nómadas del estado no lo hubieran provocado. ¿Con qué fines? La protección de los campos de pastoreo de unos cuantos ganaderos. En el caso que tratamos, el elemento inesperado es el Instituto Nacional Indigenista, que adoptó una falsa postura de Bartolomé de las Casas cooperó eficazmente en la creación del problema. En los últimos días la situación era tan desconcertante y los ataques al ingeniero Aguirre Palancares tan copiosos, que para los que habíamos seguido de cerca este problema resultaba indudable que se trataba de una trampa puesta hábilmente por un consorcio de intereses, aparentemente opuestos, al mismo jefe del Departamento Agrario. Al conjunto de sinrazones económicas, políticas y antropológicas reunidas para crear el conflicto había que agregar sinrazones personales que explicaran oscuramente la creación de un conflicto que no tenía razón de existir.

Encender deliberadamente los ánimos de los miserables, como ocurrió en este caso, equivale a arrojar un cerillo ardiendo en un gran charco de gasolina. La piromanía es un delito previsto en los códigos penales, sin importar las razones oscuras que impulsen al pirómano.

El saldo de muertos de este incendio es más o menos el siguiente: Dionisio Gallardo, Everardo Almazán Flores, Felipe Avila, Gerardo Sosa, Félix Nava, Epifanio Castañeda, Alejandro Gómez, Chico Hernández, Austreberto Bustos y los hermanos Florentino y Ricardo Bracamontes. Todos campesinos guerrerenses, asesinados por empistolados del gobierno de Oaxaca. ¿A quién sirven estos muertos? ¿A los indígenas de la Alta Mixteca, como pretenden hacernos creer? Vayamos por partes:

En la Mixteca Oaxaqueña existen núcleos de indígenas que habitan la parte alta de la región, las montañas. El clima montañoso es sumamente frío y sus habitantes resisten mal el calor excesivo de la parte baja mixteca, llamada El Bajo. El Bajo, por su parte, goza de un clima equivalente al de la Costa Chica de Guerrero, ya que de hecho no es sino la prolongación de la misma costa correspondiente al estado de Oaxaca. A pesar de la riqueza de estas tierras bajas, durante generaciones los mixtecos se han negado a vivirlas por considerarlas insalubres, y las habían abandonado en manos de los ganaderos, que las utilizaban gratuitamente como simples tierras de pastoreo.

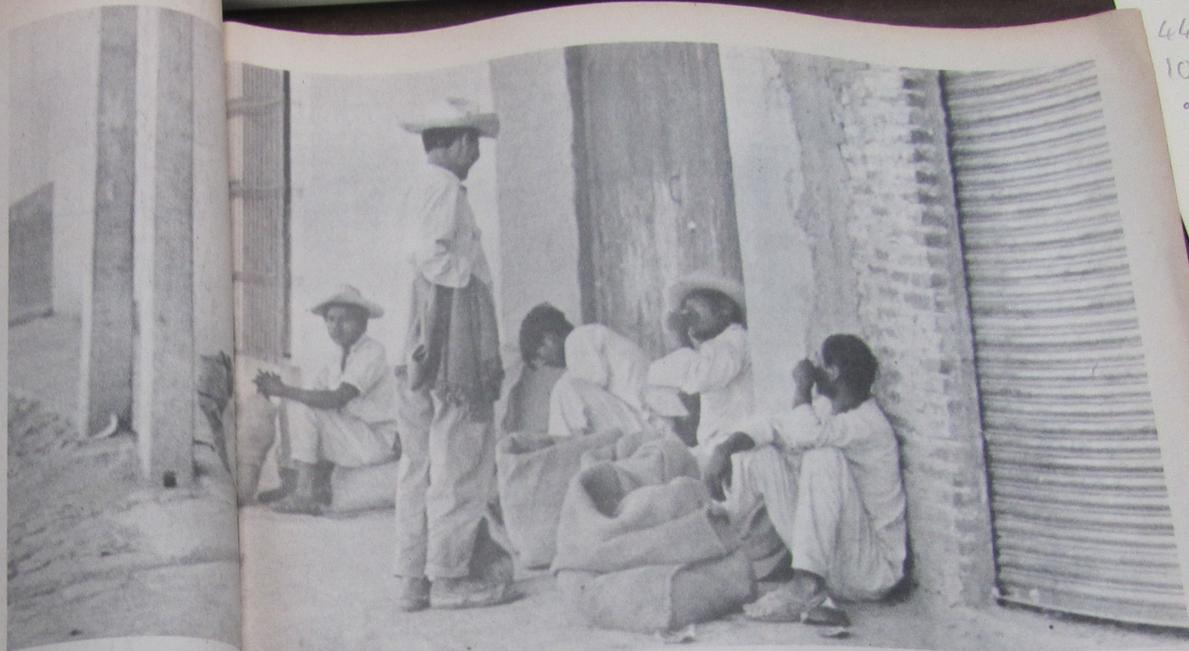
Ni el gobierno del estado como el Instituto Nacional Indigenista se preocuparon nunca en reclamar a los ganaderos esas tierras, para restituirlas a sus legítimos dueños, los indígenas de la Alta Mixteca. Por su parte los indígenas, de buen natural y poseedores de enormes ejidos, (algunos gozan de casi 30 mil hectáreas), tampoco las reclamaron. ¿Por qué? Tal vez por temor al látigo que todavía usan los ganaderos para arrojar a los indios de sus tierras de pastoreo. En esta situación, los indígenas se dedicaban a sembrar maíz y pasar miserias.

En 1960 todo cambió. Algunos centenares de campesinos guerrerenses sin tierras pidieron acomodo en la región de El Bajo. Los oaxaqueños aceptaron de buen grado la presencia de los fueñeos, que se acomodaron en 10 ejidos. Los guerrerenses, gente emprendedora, construyeron casas, escuelas y una parroquia. Sembraron millares de palmas de copra, limoneros, tamarindos, etc. La región se enriqueció notablemente con su presen-

cia y las relaciones entre guerrerenses y oaxaqueños eran excelentes. Los guerrerenses cercaron sus tierras, impidiendo así la libre circulación del ganado. Esto provocó la alerta de los ganaderos, que se dirigieron al gobernador. Para lograr sus oscuros propósitos, el gobernador y los ganaderos dedicaron sus esfuerzos a sembrar discordia entre guerrerenses y oaxaqueños. Los agentes de indios del Instituto Nacional Indigenista, que veían con malos ojos la presencia de unos fueñeos, no solicitada por ellos, apoyaron ampliamente los planes de discordia. Hay que entender que el Instituto Indigenista ha creado un pequeño Estado todopoderoso dentro del mismo estado, y que sus protegidos hacen estrictamente lo que los antropólogos les dictan.

Es difícil hablar con estos oaxaqueños, porque si se construye una escuela es el Instituto el que la hace, y si no se construye, la culpa es del gobierno federal. Es decir, están aleccionados y creen firmemente en el gobierno del Instituto, mientras niegan cualquier esfuerzo del gobierno federal. No les dicen que del mismo cuero salen todas las correas", decía el diputado Del Angel, encargado de la solución del problema y sorprendido ante la extraña actitud de los oaxaqueños.

Para lograr la discordia se acusó a los guerrerenses de despojar a los oaxaqueños de sus tierras. El gobierno estatal organizó mítines dominicales en los que se incita



ba a los oaxaqueños a expulsar a los guerrerenses de sus casas. Los fueñeos se veían obligados a encerrarse a pie-dra y lodo hasta que terminara el mitin. El menor delito de los fueñeos era castigado con cárcel y golpizas.

Pero los guerrerenses no tenían a dónde ir, y así las cosas, el 11 de marzo de 1963 solicitaron ante el Departamento Agrario el reconocimiento de sus derechos contenidos por el artículo 165 del Código Agrario vigente, y se ordenó al delegado del Agrario en el estado de Oaxaca que se hiciera una investigación al respecto, la cual no fue llevada a efecto.

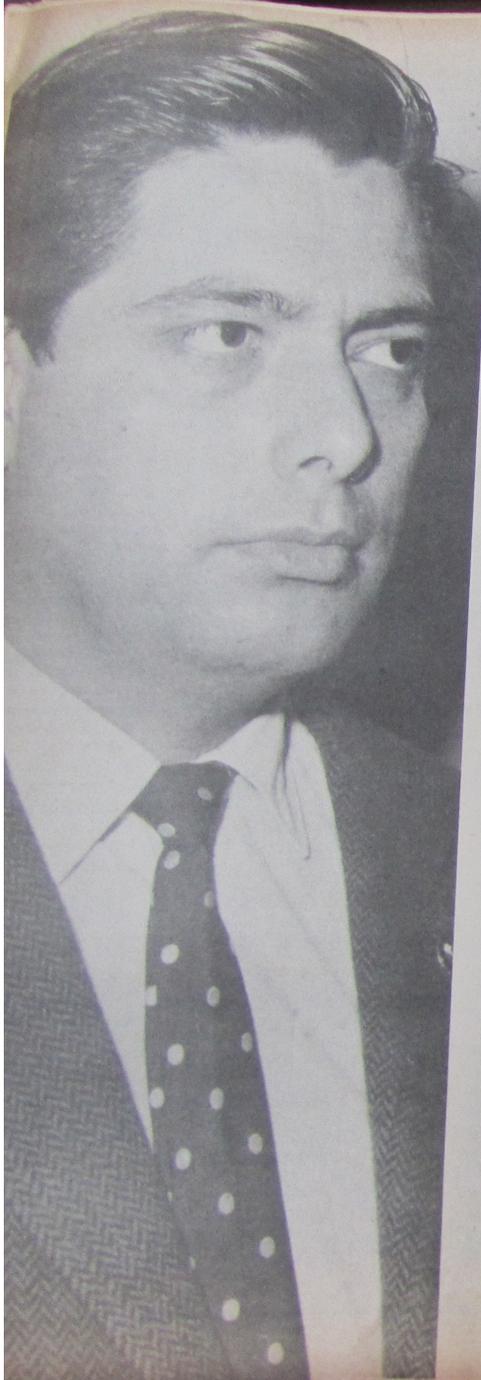
Los guerrerenses insistieron en sus gestiones, y el 25 de enero de 1965 se ordenó al inspector Salvador Hernández Fernández hacer la investigación solicitada. Las autoridades municipales y ejidales se opusieron a esta medida. Y desde esa fecha el gobernador de Oaxaca se opuso ferocemente a la permanencia de los guerrerenses en el estado. Los ganaderos procedieron a la persecución de los guerrerenses. Como primera medida, dos de ellos fueron golpeados y encarcelados en Jamiltepec. Faltaba el recurso legal para la expulsión de los guerrerenses. No se les podía expulsar en el nombre de los intereses ganaderos. Aquí es donde intervino sagazmente el Instituto Indigenista, que de pronto acusó a los guerrerenses de haber despojado de sus tierras a los indígenas mixtecos. Los guerrerenses fueron informados de que el Instituto

reclamaba esas tierras para los campesinos de la Alta Mixteca, y que por tanto deberían desalojarlas. Procediendo enseguida, el 12 de mayo de 1965 se ordenó al profesor Francisco Gómez García que hiciera un inventario de los 10 ejidos, poblados por más de dos mil guerrerenses. Dicho inventario se hizo sin dejar copia alguna a los afectados. El 26 de julio de 1965 los guerrerenses fueron desalojados y "depositados" en las calles de Costa Grande, donde permanecieron con sus familias, después de una caminata de 35 kilómetros en medio de lluvias y pantanos.

El 31 de julio de 1965, en el palacio de gobierno del estado de Guerrero y en presencia del gobernador Raymundo Abarca Calderón y de otros funcionarios, entre los cuales se encontraban representantes de la CNC, el ingeniero Norberto Aguirre, que había pedido que esa diligencia se efectuara en la tierra de los agraviados, se presentó a escuchar a las víctimas de sus coterráneos los oaxaqueños. Convencido de la justicia de sus peticiones, el jefe del Agrario se comprometió a procurar el regreso de los guerrerenses a tierras de Oaxaca, y en caso de que no quisieran volver o los oaxaqueños no los aceptaran, a conseguir tierras equivalentes en otro lugar de la República, ayudándolos a lograr el pago de la indemnización de sus bienes abandonados en El Bajo.

A raíz de este acuerdo el Departamento Agrario en-

1560 A 1
447-02
1027-14
99-007
1025 22



vió a Oaxaca, el 10 de agosto, una brigada agraria en- cargada de lanzar convocatorias para asambleas genera- les extraordinarias en los 10 ejidos en que había existido la violencia. El resultado de las asambleas fue el siguiente: de los 10 ejidos, seis estuvieron de acuerdo en guar- dar a los guerrerenses, y éstos en permanecer en tierras oaxaqueñas. Quedaron cuatro ejidos con problemas: Chi- cometec, Jamiltepec, Collantes y José María Morelos. El total de los desalojados se redujo a 143 jefes de familia. La brigada agraria procedió a levantar los inventarios de los bienes de los desalojados, con este resultado:

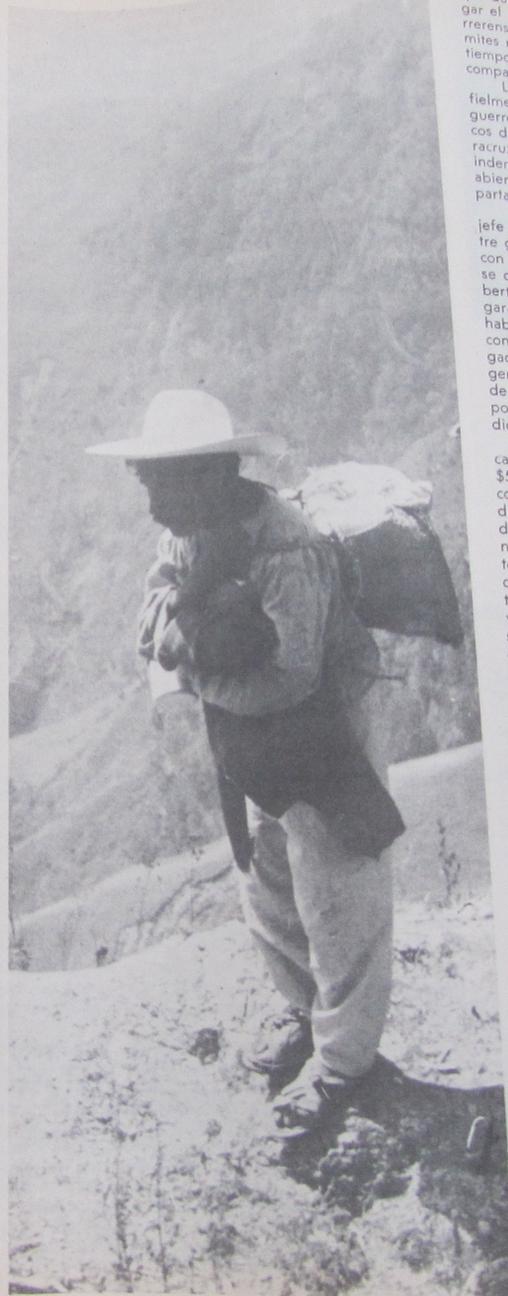
PALMAS	64,941
LIMONES	512
TAMARINDOS	460
NARANJOS	527
CIRUELOS	295
PAPAYOS	463
GUAYABOS	185
PLATANOS	281
	4,221

SUMA TOTAL DE LA INDEMNIZACION \$ 2,283,550.00

Los desalojados enviaron a la capital una comisión encabezada por Alberto Véjar, encargada de gestionar un nuevo avalúo, el pago de éste, y nuevas tierras de trabajo. Así las cosas, el 10 de octubre de 1965 el gobernador Brena Torres, en su tercer informe de gobierno, anunció: "En la zona de la Costa también se han presentado dificultades por la tierra. Junto con la carretera (Aclaración: la carretera entró en 1966) llegaron personas de otras la- titudes, que han entrado en conflicto con los nativos del lugar..." "Aprovechándose una vez el engaño y otras la- tos paisanos y utilizando unas veces el engaño y otras la- violencia, algunos de los recién llegados hicieron planta- ciones en terreno ajeno y han pretendido establecerse definitivamente. Juntamente el Instituto Nacional Indige- nista y el gobierno del estado han protestado por ello, solicitando del Departamento de Asuntos Agrarios que se haga respetar el derecho de cada quien, pues es injusto que los oaxaqueños de la Costa, que esperaron durante muchos años que llegara la bonanza con la carretera, re- sulten ahora defraudados, y beneficiados quienes los pri- varon de lo que les corresponde". Más adelante afirma: "No es cuestión de odio. No nos ciega un estrecho regio- nalismo; sólo queremos que el campesino oaxaqueño aproveche lo que le corresponde".

Por su parte el jefe del DAAC se opuso a la política de "Oaxaca para los oaxaqueños" y procuró por todos los medios la vuelta de los guerrerenses a sus tierras de trabajo. La tesis del ingeniero Aguirre Palancares era la justa: tanto los oaxaqueños como los guerrerenses eran campesinos con necesidad de trabajar. Por otra parte él, como oaxaqueño, sabía que los guerrerenses habían lle- vado una nueva fuente de riqueza a esa región: la copra. Su permanencia en Oaxaca era pues beneficiosa para la economía del estado. Sus esfuerzos conciliadores fueron atacados abierta y públicamente tanto por el gobierno del estado como por el Instituto Indigenista. Las gestiones para alcanzar la justicia y la economía —ambas van jun- tas— fracasaron una y otra vez.

A principios de 1965 la Casa del Agrarista fue ce- rrada violentamente y las comisiones campesinas que se alojaban allí arrojadas a la calle. Entre dichas comisiones estaba la de los guerrerenses, a la cual el ingeniero Aguirre Palancares tomó bajo su protección personal. En una entrevista que presenciáramos, el director del Agrario se comprometió con Véjar el guerrerense a buscar tierras equivalentes a las de Oaxaca, a ayudar a gestionar el pago de la indemnización, a transportar y pagar 12 pesos díe- rios a los guerrerenses durante los seis primeros meses



que duraría su aclimatación en las nuevas tierras, y a pa- rarse en la ciudad de México, mientras duraran los trá- mites necesarios para el arreglo del conflicto. Al mismo tiempo ayudó económicamente a Alberto Véjar y a sus compañeros, que se hallaban en la más triste miseria. Las promesas del jefe del Agrario fueron cumplidas fielmente: pagó el hospedaje y la manutención de los guerrerenses comisionados, durante varios meses. En po- racruz o Chiapas. Gestionó activamente el pago de la indemnización. Pero el Instituto Indigenista se oponía abiertamente a hacer otro avalúo en conjunto con el De- partamento Agrario.

Como las gestiones se prolongaban y la política del jefe del Agrario era opuesta a establecer diferencias en- tre guerrerenses y oaxaqueños, invitó a Véjar a dirigirse con él al lugar de los hechos, para que en su presencia se dirimieran las dificultades inventadas en Oaxaca. Al- garantía que lo acreditara frente a sus compañeros, que habían quedado a la expectativa y que empezaban a des- gado de su estancia en la capital de la República. El in- geniero Aguirre Palancares extendió un cheque a nombr e de Véjar y de 53 desalojados, que cubriría parte del tras- porte y la manutención de los desalojados. Alberto Véjar dio el recibo siguiente:

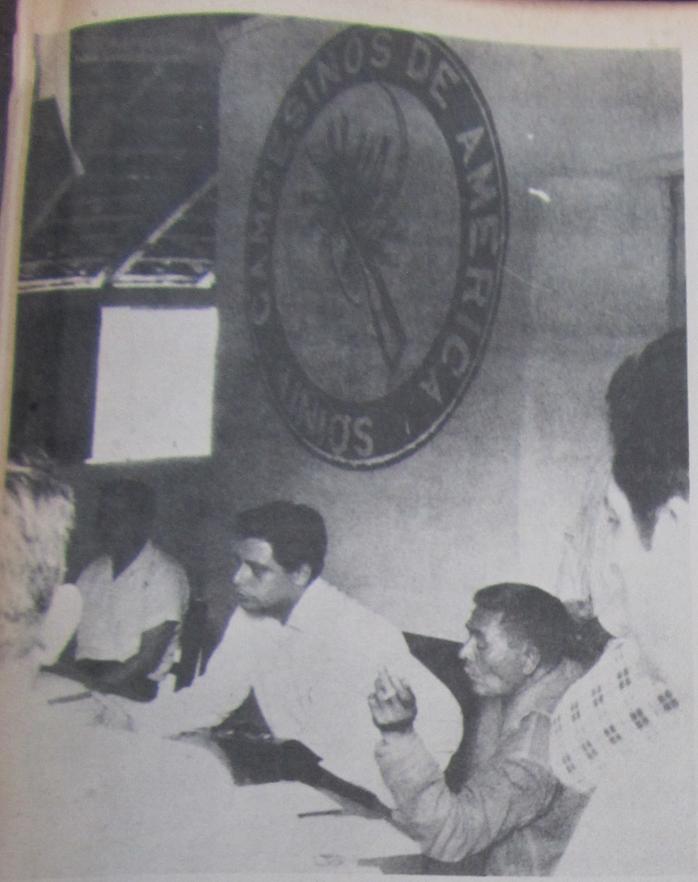
"Recibí del señor ingeniero Norberto Aguirre Palan- cares cheque número 2237590, por la cantidad de . . . \$50,000 (CINCUENTA MIL PESOS), para presentarlo a mis compañeros campesinos que desalojamos parcelas en el distrito de Jamiltepec, Oaxaca, para ser ocupadas por ei- nosotros la comprobación del propósito del Departamen- to Agrario de ayudarnos para resolver el difícil problema tanto reintegraré este cheque al señor ingeniero Aguirre Palancares para resolver el difícil problema que afrontamos por la causa anteriormente expuesta. Por y en cambio nos buscará ayuda para el transporte y el sostenimiento temporal de los 54 campesinos menciona- dos, en el lugar que escojamos.

"México, D. F., a 4 de febrero de 1966. Firmado: Alberto Véjar González". El cheque nunca fue cobrado. Los guerrerenses insistieron en obtener primero el nuevo avalúo y el pago de sus pertenencias, y luego las nuevas tierras. El DAAC no estaba facultado para pagar las in- demnizaciones, sino para la localización de las nuevas tierras. Se necesitaba la cooperación del Instituto Indige- nista y éste la negaba. Los ánimos de los guerrerenses se agrariaron cada vez más. El DAAC insistió una y otra vez en regresar a los guerrerenses a Oaxaca, ya que su presencia era solicitada por los mismos oaxaqueños, pero el Instituto se negó abiertamente a esta solución. La ri- queza abandonada por los guerrerenses empezaba a per- derse, ya que los oaxaqueños se abstuvieron de apropiarse de algo que no les pertenecía mientras no se solucio- nara el caso.

Hace unas semanas Alberto Véjar se presentó en la capital de la República acompañado de los 143 jefes de familia desalojados de Oaxaca. Estos hombres, agobia- dos por la miseria de dos años de mendicidad y arrojados a la desesperación por la injusticia cometida con ellos, ve- nían a obtener lo suyo o a morir, como aseguraban. La CNC se rodeó de policía. ¿Contra quién iba dirigida la cólera de estos 143 desesperados? La ira de estos mise- rables iba dirigida especial y violentamente contra el jefe del Departamento Agrario que, curiosamente, era el único funcionario que los había ayudado y protegido.

Era necesario obrar con absoluta energía antes de que ocurriera una nueva tragedia. La CNC acató la vio- lenta voluntad de los guerrerenses y comisionó al diputa- do de más prestigio entre los campesinos para el arreglo de un conflicto que a medida que pasaban las horas crecía

455
1560 A
467-
1027
99
1025



en violencia. El diputado César del Ángel Fuentes recibió plenos poderes para resolver el problema. He aquí parte del informe que rindió a su central:

"Debo informar aquí que los campesinos guerrerenses fueron desalojados con el pretexto, dado por el Instituto Indigenista, de que eran tierras que pertenecían a los campesinos indígenas.

"Las tierras motivo de disputa han sido acaparadas en la actualidad por unos particulares que las explotan para su beneficio personal; por lo tanto la razón que sirvió de base para desalojar a los guerrerenses es del todo falsa. Por otra parte, la agricultura de copra, algodón y otros frutales introducidos por los guerrerenses ha sido destruida casi en su totalidad por la ganadería de las personas antes mencionadas.

"Entre los ganaderos que pugnaron para su beneficio privado el desalojo de los campesinos están las siguientes familias: Atenógenes Torres, los hermanos Terrazas, la viuda de Adolfo de León, la viuda de Fidel de León, Pedro Alberto, Atenógenes Díaz, Alberto Galán, el licenciado Eleazar Peña, y otros más.

"No hay argumentos de tipo moral para desconocer a los campesinos guerrerenses la posesión de tierras que tienen, y los argumentos legales tampoco son válidos, puesto que hay una resolución presidencial que los beneficia y son tan campesinos y necesitados de tierras como los campesinos indígenas que supuestamente se quiere beneficiar".

Una vez emitido este informe, el jefe del Departamento Agrario dio la orden terminante de transportar en

avión hasta la capital de la República a los comisariados de los ejidos oaxaqueños en cuestión. Su llegada a la capital, el día 22 de febrero del presente año, permitió la reunión de los dos bandos en pugna. La enérgica actitud del jefe del Agrario y del diputado del Ángel, permitió de una vez por todas la solución de este conflicto por el camino de un acuerdo sobre el avalúo y el monto de la indemnización, una vez que estuvieron frente a frente los dos grupos enemigos.

Para los que presenciamos la reunión, efectuada en los locales de la CNC y a la cual podríamos llamar "avalúo de los mendigos", pues tan pobre e indefenso estaba el grupo guerrerense como el oaxaqueño, resultó incomprensible y criminal que se hubieran sembrado discordias artificiales para satisfacer intereses y vanidades personales que nada tienen que ver con la verdadera necesidad de trabajo de los campesinos mexicanos.

"Nosotros no los corrimos, nosotros no tenemos nada que ver en este pleito; además, los ganados ya trozaron las alambradas y cantidad de palmitas que ahora nosotros les tenemos que pagar a ustedes. ¿Por qué mejor no se regresan a trabajar?" —decían los indígenas del ejido de Morelos, en presencia del oficial mayor de la CNC, licenciado Jiménez, y del diputado César del Ángel.

"Nosotros no los corrimos; vuélvanse a Collantes", decían los comisariados de Collantes. Pero el pleito había ido demasiado lejos, la sangre había corrido abundantemente, y volverse a reunir bajo el mismo cielo, con las mismas autoridades y protegidos por los mismos agentes de indios de las reservaciones del Instituto Indigenista, era peligroso.

El día 23 de febrero del año en curso, los miserables reservados fueron condenados a pagar a los guerrerenses una cuantiosa indemnización, en presencia del agente de indios Jorge Mijangos, jefe de su reserva.

Esta cantidad, ¿no sería más justo que la pagaran los jefes de reservas, que gozan de fama y rentas propias, en vez de ser pagada por un grupo de hambrientos que, además de desconocer el cultivo de la copra, han sido privados de la riqueza llevada hasta sus tierras por sus compatriotas los guerrerenses? Pero no será así. Los oaxaqueños deberán pagar una suma exorbitante, sólo para satisfacer las exigencias de los ganaderos y la vanidad de unos cuantos "suizos en el Congo" o "reservistas americanos", que ganaron la batalla para sus amigos los ganaderos.

Es necesario que en adelante se permita al Departamento Agrario el libre ejercicio de sus funciones. Es necesario impedir los manejos personales y personalistas, que en el caso de Oaxaca sólo lograron muertos, la destrucción de una fuente de riqueza —la copra— y un rencor creado entre dos grupos de mexicanos que ignoran que unos son indios y otros no lo son. Ambos, los guerrerenses y los oaxaqueños, piensan, como las autoridades del Departamento Agrario, que son mexicanos con hambre. "Cosechar es muy arriesgado. Uno deja su sangre todo el año y luego viene la plaga y no nos deja nada; así es que pueden volver a tentar la suerte con nosotros", concluyó un indígena del ejido José María Morelos.

El 24 de febrero los guerrerenses se presentaron ante el jefe del Departamento Agrario para agradecer de viva voz las gestiones hechas en su favor. El lunes 27 de febrero salió una comisión de guerrerenses a escoger tierras en distintos puntos del país. Así, gracias a los esfuerzos del DAAC, se terminó un conflicto que no debería haber existido nunca. O tal vez el diputado del Ángel tenga razón cuando dice: "Cincuenta años después de la Revolución, el Instituto Indigenista se enfada cuando los indígenas quieren sembrar copra en vez de tejer canchitas y sombreros..."